

La geografía que llevamos dentro

¿Cuánta geografía hay en nuestra manera de ser?

José M. Ciampagna y asistencia de IA.

La inquietud que originó estas páginas no nació de una teoría ni de una lectura académica. Surgió durante un viaje de trabajo. Mientras estaba en República Dominicana, hablaba con un médico sobre la vida diaria en la isla que su país comparte con Haití. En un momento, me mencionó algo que me sorprendió: la necesidad de muchas personas de dejar la isla, de cruzar esa barrera de agua que siempre está ahí y descubrir lo que hay más allá. Luego, la observación quedó dando vueltas en mi cabeza.

Tiempo antes había percibido una sensación parecida durante una visita a Cuba. Allí, naturalmente, intervenían circunstancias políticas, económicas e históricas imposibles de ignorar. Sin embargo, persistía una pregunta más general: ¿qué significa vivir en un territorio cuyos límites son físicos, visibles e inevitables? ¿Podría el mar, además de ser un límite geográfico, transformarse en una presencia psicológica?

También, no recuerdo cuándo, por una lectura me había surgido otra inquietud del tipo. Me llamó la atención observar cómo pueblos, cultivos, animales, tecnologías e ideas habían podido desplazarse con facilidad a lo largo de esas enormes extensiones de tierra que van, sin interrupción, de Europa a Asia, manteniéndose dentro de latitudes y condiciones climáticas relativamente semejantes. En América pasaba algo distinto. Moverse del norte al sur obligaba a atravesar regiones frías, templadas, tropicales, ecuatoriales y nuevamente templadas o frías; selvas, desiertos y grandes cordilleras.

Pensé entonces que aquella diferencia bien podía haber dejado su huella en el desarrollo de los pueblos, aunque no sabría decir con certeza en qué medida ni en qué sentido. Más tarde descubrí que esa intuición formaba parte de teorías ya estudiadas acerca de la relación entre geografía, difusión de cultivos, tecnologías y desarrollo de las sociedades.

Pero la pregunta había quedado instalada:

¿Hasta qué punto la geografía que habitamos termina habitándonos también a nosotros?

No intento sostener aquí que el clima, la latitud o el relieve determinen por sí solos el carácter de las comunidades. La historia, las migraciones, las instituciones, la economía, las creencias, las estructuras de poder, las guerras, la tecnología y el contacto entre culturas intervienen de manera decisiva. Ninguna condición física de la geografía actúa sola sin considerar otros factores que constituyen la personalidad del ser humano. Pero reconocer esa complejidad tampoco obliga a considerar irrelevante la geografía.

Parece difícil aceptar que vivir rodeado por el mar, encerrado entre montañas, frente a una llanura casi infinita, bajo meses de escasa luz solar, en medio de grandes ríos o dependiendo permanentemente de un agua escasa resulte indiferente para quienes atraviesan generaciones bajo esas condiciones.

La geografía quizás no determine quiénes somos, pero establece posibilidades, impone dificultades y deja huellas. Tal vez participe silenciosamente en nuestra manera de estar en el mundo. Y tal vez no alcance con intuirlo: cada geografía, además de vivirse, merece estudiarse.

La isla: pertenecer y querer partir

La isla constituye un buen punto de partida porque expresa una de las grandes paradojas del territorio. El mar protege y al mismo tiempo encierra. Define claramente un adentro y un afuera.

Puede ayudar a tener una identidad territorial muy sólida: se forma parte de un lugar con límites claros. Pero esa misma presencia permanente puede intensificar la curiosidad y conciencia de aquello que existe más allá.

El continente permite imaginar un desplazamiento continuo por tierra. La isla obliga, tarde o temprano, a atravesar el agua. Quizás por eso la condición insular pueda alimentar dos sentimientos que parecen contradictorios: pertenencia y deseo de partir.

Mi conversación en República Dominicana no demuestra que los habitantes de las islas deseen emigrar más que quienes viven en territorios continentales. Tampoco mi impresión de Cuba podría utilizarse como prueba, menos aún cuando allí intervienen condiciones políticas y económicas decisivas.

Pero ambas experiencias despertaron una pregunta válida:

¿Qué impacto tiene el estar consciente de que vivimos dentro de un límite natural?

La geografía no ordena una conducta. Plantea una situación y las sociedades responden a ella.

La montaña: protección y encierro

Las montañas establecen otro tipo de frontera. No rodean completamente como el mar, pero condicionan los caminos, dificultan los movimientos y pueden separar comunidades durante largos periodos.

El valle protegido puede favorecer la continuidad de una forma de desarrollo. Tradiciones, lenguas, formas de producción y vínculos comunitarios pueden permanecer con mayor estabilidad que en territorios atravesados permanentemente por corrientes migratorias.

Pero nuevamente encontramos una ambivalencia. Aquello que protege también puede aislar. El valle ofrece refugio, pero limita el horizonte.

En la Argentina, las quebradas y valles del Noroeste ofrecen buenos ejemplos de esta relación. Durante siglos, la montaña condicionó rutas, asentamientos, intercambio y formas productivas. También colaboró en la conservación de tradiciones vinculadas con el mundo andino.

Como agrimensor, recorrí más de un camino de montaña y sé bien cuánto puede tardar en salvarse una distancia que en el mapa parece breve. La cartografía representa la quebrada en dos dimensiones. El tiempo y el propio cuerpo agregan las dimensiones que ningún papel puede dibujar.

El valle rodeado de montañas de por sí no creó esas culturas, pero formó parte del escenario permanente dentro del cual se desarrollaron. Las carreteras, túneles, ferrocarriles, aviación y telecomunicaciones han reducido considerablemente esos aislamientos. La tecnología atraviesa la montaña, pero no consigue hacerla desaparecer.

Continúa allí, organizando el paisaje y formando parte de la identidad.

La llanura y el horizonte

En el extremo contrario encontramos las grandes extensiones abiertas. Pampas, estepas y planicies producen una experiencia espacial diferente. La mirada se prolonga. El horizonte parece retirarse a medida que uno avanza y el desplazamiento se vuelve posible en casi cualquier dirección.

La Argentina ofrece aquí uno de sus ejemplos más claros. La medí muchas veces, esa llanura, con instrumentos que buscaban un punto de referencia que ella se negaba a ofrecer. Todo agrimensor tiene conocimiento de que la pampa constituye, entre otros aspectos, un problema geodésico: ¿desde dónde se puede medir algo que carece de un punto de apoyo visible sobre el horizonte?

Resulta difícil imaginar históricamente al gaucho separado de la pampa. Su movilidad, el caballo, las enormes distancias, la ganadería y una relación particular con la frontera encontraron en la llanura condiciones especialmente propicias.

¿Es la pampa la que originó al gaucho? Sería exagerado asegurarlo. Hubo también circunstancias históricas, económicas y sociales, pero parece igualmente artificial intentar comprenderlo prescindiendo de las llanuras pampeanas.

El paisaje ofreció posibilidades materiales y construyó una determinada experiencia del espacio. El horizonte abierto puede sugerir libertad y también provocar soledad. La ausencia de límites visibles permite avanzar, pero simultáneamente recuerda al individuo la enorme escala del territorio y buena parte del imaginario argentino quedó atravesado por esa imagen.

La pampa no solo fue un territorio benévolo y productivo. Se convirtió también en paisaje cultural.

La luz, el tiempo y las lluvias

La geografía no se limita al relieve. También incluye la luz y los factores climáticos.

La latitud determina enormes diferencias en la duración de los días y las noches a lo largo del año. En altas latitudes, verano e invierno representan transformaciones profundas de la experiencia cotidiana. Durante meses puede haber días largos y, en otra parte del año, prolongadas horas de oscuridad.

La latitud también reparte el calor, el frío y las lluvias, y ese reparto no siempre coincide con el de la luz. En las zonas templadas, el año suele organizarse en cuatro estaciones bien diferenciadas: verano, otoño, invierno y primavera. En cambio, en amplias regiones tropicales y ecuatoriales esa alternancia térmica casi desaparece, y el año se ordena de otra manera: entre una estación seca y una estación de lluvias. El norte argentino ofrece un buen ejemplo: en el Chaco o en buena parte del NOA, lo decisivo no es tanto si hace frío o calor, sino si llovió o no llovió. Cambia lo que conviene sembrar, cuándo conviene viajar, cuándo conviene construir. No es lo mismo prepararse para un invierno que para una sequía o para una crecida.

Durante siglos, estas condiciones obligaron a prever en los tiempos favorables. Había que almacenar alimentos, combustible y recursos antes de la llegada del invierno.

Parece razonable pensar que semejantes necesidades hayan contribuido, junto con muchos otros factores, a determinados hábitos de planificación y organización, y también a modificar el espacio social.

Cuando el clima obliga a permanecer largos períodos en interiores, la vivienda adquiere otra importancia. La casa se transforma en un lugar seguro, mostrando lo que significa vivir entre cuatro paredes. La vida doméstica ocupa un lugar diferente y clave.

En regiones tropicales, en cambio, las temperaturas más elevadas y menor variación en la duración del día permiten una utilización más continua del espacio exterior. La calle, el patio, la plaza y el encuentro al aire libre adquieren una presencia cotidiana mayor.

Conviene evitar las simplificaciones. No existe un habitante del norte necesariamente introvertido ni un habitante tropical inevitablemente expansivo. El asunto es más sutil.

Los ambientes facilitan determinadas formas de vida y dificultan otras.

Cuando esas formas se repiten generación tras generación, pueden terminar incorporándose a las costumbres.

Agua, abundancia y escasez

Quizás ningún elemento muestre con tanta claridad la relación entre geografía y organización humana como el agua. Cuando sobra, hay que controlarla. Cuando falta, hay que administrarla.

La Argentina permite observar ambas situaciones. En Cuyo, y particularmente en Mendoza, la aridez convirtió históricamente al agua en elemento organizador del territorio. Los oasis irrigados, los canales y las acequias muestran una sociedad que tuvo que construir condiciones de habitabilidad y producción allí donde la naturaleza imponía restricciones.

En mis años de trabajo en obras de infraestructura aprendí algo simple, que los constructores de acequias de Cuyo ya sabían desde mucho antes: administrar el agua es, ante todo, administrar el territorio. Cada canal es, en el fondo, una decisión sobre quién recibe qué cantidad y en qué orden.

El agua determina dónde puede cultivarse. Dónde pueden crecer los asentamientos. Dónde se concentra la población. Su administración deja de ser solamente una cuestión técnica y se convierte en una cuestión social.

En el litoral sucede lo contrario. Los grandes ríos —Paraná, Paraguay y Uruguay— constituyen vías de comunicación, recursos, fronteras y, simultáneamente, amenazas periódicas. Las crecidas obligan a convivir con un agua cuya presencia no puede ignorarse.

Entre Mendoza y Corrientes encontramos dos experiencias profundamente distintas de un mismo elemento. En una, el problema es conseguir y distribuir el agua. En la otra, aprender a vivir con su abundancia.

No sería extraño que esas diferencias de larga duración dejaran también marcas en la organización de la vida cotidiana.

Los continentes también tienen forma

La influencia geográfica puede observarse en una escala mucho mayor. No solo importa la región donde vive una sociedad. También importan las condiciones que ofrece el continente al que pertenece.

Quien mejor estudió esta diferencia fue el biólogo y geógrafo Jared Diamond, en su conocido libro *Armas, gérmenes y acero*. Diamond observó que el gran bloque de tierra que une, sin mar de por medio, Europa con Asia se extiende sobre todo de este a oeste. Eso permitió que muchos desplazamientos humanos se realizaran dentro de franjas de latitud relativamente semejantes. Una planta domesticada en una determinada región podía encontrar miles de kilómetros más adelante condiciones de temperatura y duración del día compatibles con su desarrollo. Algo parecido podía suceder con los animales y determinadas técnicas agrícolas.

Las Américas presentan una configuración muy diferente. Su extraordinaria extensión norte-sur obliga a atravesar ecosistemas radicalmente distintos. Una innovación agrícola que intentaba propagarse debía superar selvas, desiertos, regiones tropicales, grandes montañas y enormes variaciones climáticas.

Las ideas podían viajar. Las plantas encontraban más dificultades. Esta diferencia no explica por sí sola la historia y relaciones sociales de los continentes. Pero recuerda algo importante:

La difusión de la tecnología nunca ocurre sobre una superficie neutra.

Cuando años atrás contemplaba la relativa continuidad latitudinal europea y la comparaba con América, eso era precisamente lo que me llamaba la atención. Una distancia de miles de kilómetros puede ser geográficamente muy distinta según se recorra hacia el este o el oeste, o hacia el norte y el sur.

El mapa también condiciona los caminos de la historia y la cultura.

Norte y Sur: la geografía de la distancia

Existe todavía otra gran diferencia: el hemisferio donde vivimos.

El hemisferio norte concentra buena parte de las masas continentales y de las conexiones terrestres entre ellas. Europa, Asia y África constituyen un gigantesco conjunto donde, a pesar de mares, cordilleras y desiertos, existieron durante milenios amplios contactos entre sociedades.

En el hemisferio sur domina mucho más el océano. América del Sur, África austral, Australia y Nueva Zelanda aparecen separadas por enormes extensiones marítimas.

Eso produjo una experiencia particular vinculada a la distancia. Para países como la Argentina, los grandes centros históricos del poder económico, tecnológico y cultural mundial se encontraron durante mucho tiempo a miles de kilómetros.

La distancia adquirió importancia económica, pero también psicológica. Quienes vivimos en el sur conocemos esa percepción. Europa o Estados Unidos no constituyen solamente otros territorios. Durante mucho tiempo fueron también lugares lejanos desde los cuales llegaban tecnologías, libros, modas, decisiones económicas, ideas políticas y movimientos culturales, pero había tiempos de traslado que retrasaban su adopción o rechazo.

La navegación moderna, la aviación e Internet redujeron drásticamente los tiempos. Pero no modificaron las distancias. Córdoba sigue estando donde está. Buenos Aires continúa separada de Madrid por un océano.

La tecnología reduce el efecto de la distancia, pero no la elimina.

Un país, muchas geografías

La Argentina resulta particularmente interesante porque dentro de una misma construcción política reúne experiencias territoriales muy distintas. Desde el punto de vista institucional, como nación, existe una Argentina. Desde el punto de vista geográfico, existen muchas.

En el noroeste predominan montañas, quebradas, altura y aridez. En el litoral, grandes ríos, humedad y vegetación. En Cuyo, escasez de agua y oasis. En la región pampeana, horizontes abiertos y suelos excepcionalmente productivos. En Patagonia, enormes distancias, baja densidad poblacional, mesetas, vientos, cordillera y costas. Córdoba ocupa una posición mediterránea y de articulación territorial entre regiones. Buenos Aires representa otra experiencia: la de una enorme concentración urbana vinculada históricamente con el puerto y con el Río de la Plata.

Esto permite plantear una pregunta inevitable:

¿Puede hablarse de un único carácter argentino cuando las experiencias territoriales son tan diferentes?

Sin duda existe una historia común. Existen instituciones, lengua, símbolos, conflictos y recuerdos nacionales. Pero debajo de esa identidad compartida aparecen tonalidades regionales. La distancia no significa lo mismo en la Patagonia que en Buenos Aires.

El agua no tiene el mismo valor cotidiano en Mendoza que en Misiones o Corrientes.

El horizonte no se experimenta de igual forma desde la pampa que desde una quebrada jujeña.

La proximidad con otros países adquiere significados diferentes en una provincia fronteriza que en el centro del territorio.

Tal vez la tradicional oposición entre Buenos Aires y “el interior” sea demasiado sencilla para representar esa diversidad. Un dicho popular resume bien esa idea: “Dios está en todas partes, pero atiende en Buenos Aires”.

El llamado interior no es una sola realidad. Contiene montañas, selvas, llanuras, desiertos, ríos y mesetas. Quizás resulte más apropiado hablar de diferentes maneras argentinas de habitar el territorio. La geografía no necesariamente fragmenta una identidad, pero puede darle matices significativos.

Del espacio al territorio

Hasta aquí hemos hablado principalmente de la geografía física. Pero el ser humano no permanece pasivo frente a ella. Transforma el espacio. Le pone nombres, diseña y marca las fronteras, divide la tierra, construye caminos, establece propiedades, levanta ciudades, produce mapas y es entonces cuando aparece el territorio.

El geógrafo Yi-Fu Tuan le puso nombre hace varias décadas a esta transformación, con una distinción tan simple como útil: el espacio es lo abierto, lo que todavía no significa nada para nadie; el lugar es ese mismo espacio una vez que alguien lo habitó, lo nombró o lo quiso.

Pasé buena parte de mi vida profesional exactamente en esa frontera. El trabajo del agrimensor consiste, en el fondo, en convertir el espacio en lugar: clavar un mojón, trazar una línea, fijar sobre el terreno un límite que hasta ese momento solo existía en un plano. Por oficio sé que ese acto nunca es del todo neutral, y que el relevamiento

topográfico y la cartografía no son solo herramientas técnicas: son también una manera de observar, con método, cómo una sociedad va construyendo su relación con el territorio. Cada plano, cada límite catastral, cada curva de nivel registra una decisión humana sobre el espacio, y a veces un conflicto.

Un punto del espacio puede expresarse mediante su posición geográfica: latitud y longitud. Pero para quien nació allí puede significar otra cosa completamente diferente; puede ser la casa de su infancia, el lugar donde trabajó su familia, una plaza, un paraje del río, un campo, una esquina. Hay una diferencia entre localizar un lugar y pertenecer a él.

El hombre transforma el espacio mediante instituciones, límites jurídicos, infraestructuras y formas de propiedad. Pero simultáneamente desarrolla vínculos afectivos. El territorio termina siendo a la vez físico, político, económico y emocional.

Campo y ciudad: dos maneras de vivir la geografía

Una de las mayores transformaciones en la relación entre hombre y territorio aparece con la ciudad.

En el campo, las condiciones naturales continúan teniendo una presencia inmediata. La lluvia, la sequía, la helada, el viento y las estaciones afectan directamente la producción y la vida cotidiana. El tiempo conserva una dimensión natural.

En la gran ciudad, muchos de esos ritmos pueden ocultarse. La luz eléctrica prolonga el día, el aire acondicionado modifica el clima interior, los edificios aíslan de la intemperie, el reloj reemplaza al sol como organizador de las actividades.

Georg Simmel, un sociólogo alemán que observó a comienzos del siglo XX el nacimiento de las grandes metrópolis modernas, le puso nombre a una de esas adaptaciones: la actitud *blasé*.

Con esa palabra —que ya existía en francés y describía a alguien saciado, incapaz de entusiasmarse—, Simmel señalaba algo preciso: frente al bombardeo constante de estímulos de la gran ciudad, multitudes, ruidos, apuros, desconocidos cruzándose todo el tiempo, el habitante urbano desarrolla una indiferencia autoprotectora. No es frialdad ni mala educación; es una manera de no agotarse reaccionando a todo. El precio de esa protección es que las cosas empiezan a parecer un poco iguales, un poco grises, un poco intercambiables. También el espacio urbano, entonces, termina modelando la percepción y el carácter, del mismo modo en que el mar moldea al isleño o la llanura al gaucho.

Buenos Aires ofrece un buen ejemplo. En una metrópoli de millones de habitantes, la experiencia cotidiana depende mucho más del transporte, los horarios, el tránsito, la densidad urbana y las distancias medidas en minutos que de los ritmos agrícolas o de la duración natural del día.

Pero sería un error concluir que la ciudad ha vencido definitivamente a la geografía. Buenos Aires nació y creció donde está por su relación con el Río de la Plata, el puerto, la llanura y las posibilidades de comunicación con la región pampeana.

La ciudad puede ocultar el territorio, olvidarse de las condiciones geográficas físicas, pero no puede desprenderse completamente de ellas.

Urbanismo: cuando el territorio toma forma humana

La ciudad hace visibles las negociaciones entre geografía, tecnología y poder. Los terrenos accidentados producen calles adaptadas a pendientes y obstáculos. Las grandes llanuras permiten trazados más geométricos.

Pero la naturaleza no explica todo.

El damero característico de tantas ciudades hispanoamericanas muestra precisamente esa combinación. La llanura facilita la cuadrícula. Pero la cuadrícula responde también a decisiones políticas y administrativas; ordena, divide, permite adjudicar tierras. Establece calles y plazas y hace legible el territorio para el poder.

Aquí aparece una relación que conviene mantener presente durante todo el ensayo:

La geografía propone; la sociedad interpreta; el poder organiza; la tecnología transforma.

El territorio que finalmente habitamos surge de esa interacción.

Cuando el paisaje entra en la literatura

Las culturas no solamente construyen sobre sus territorios. También los narran y, al narrarlos, convierten el paisaje en símbolo. La Argentina vuelve a ofrecer ejemplos especialmente claros.

La pampa dejó de ser solamente una extensión física y pasó a formar parte de la literatura y de la imaginación nacional. El gaucho, el caballo, la distancia, la frontera y el horizonte se convirtieron en elementos culturales que desbordaron ampliamente su realidad material.

Después de Martín Fierro, de Güiraldes o de Borges, resulta difícil observar ciertos paisajes argentinos sin que las palabras y los relatos se superpongan a ellos.

Esta misma pregunta —qué le debe el carácter argentino a la llanura— tiene casi dos siglos de historia en nuestras letras. Domingo Faustino Sarmiento la planteó ya en 1845, en el *Facundo*, para explicar el caudillismo a partir de la inmensidad pampeana, con una dicotomía —civilización o barbarie— que hoy pesa distinto que entonces, pero subsiste. Casi un siglo después, Ezequiel Martínez Estrada retomó la pregunta desde otro ángulo, mucho más sombrío, en su *Radiografía de la pampa*: leyó la llanura vacía como una de las causas de una supuesta melancolía nacional. Este ensayo no comparte ni el veredicto de Sarmiento ni el pesimismo de Martínez Estrada, pero les debe la pregunta.

Algo semejante ocurre con la Patagonia. La geografía real está acompañada por una Patagonia imaginada: confin, viento, distancia, soledad, aventura, vacío.

Pero el paisaje no solo entrega temas y símbolos. También parece influir en la forma misma del relato, en su ritmo. Cuando el espacio se cierra —una isla, un valle rodeado de montañas—, las historias tienden a mirar hacia adentro: el secreto, la herencia, la imposibilidad de escapar del propio origen. Cuando el espacio se abre —la llanura, la estepa, el camino—, el relato tiende a moverse, como el propio Martín Fierro: es la literatura del viaje, del héroe que se forma andando. El frío y el confinamiento invernal parecen haber empujado a otras literaturas hacia adentro, hacia el examen minucioso de la conciencia; no es casual que la gran novela psicológica y policial haya florecido tantas veces en climas donde el invierno obliga a quedarse en casa. Y en las tierras bajas donde el año no se organiza en estaciones, sino en el ir y venir de las lluvias, floreció una literatura que desconfía del tiempo lineal, la de García Márquez y el llamado realismo mágico, donde la naturaleza actúa casi como un personaje más.

No es que el clima escriba las novelas. Sería tan exagerado como decir que la pampa creó al gaucho. Es, más bien, que cada paisaje parece ofrecerle a quien narra una cadencia propia, y los escritores, generación tras generación, terminan por escucharla a su manera.

La literatura no prueba que el paisaje determine a quien lo habita. Hace algo diferente.

Nos permite observar cómo ese paisaje ha sido interiorizado culturalmente.

El territorio se convierte en metáfora. La llanura puede representar libertad o desamparo. La montaña, protección o aislamiento. El río, comunicación o frontera. La ciudad, encuentro o anonimato.

La literatura transforma el territorio físico en geografía humana.

El paisaje que aprendemos a mirar

Llegamos así a un fenómeno curioso. El paisaje influye en la cultura, pero después la cultura vuelve sobre el paisaje. Ya no vemos únicamente aquello que está frente a nosotros. Vemos también aquello que hemos aprendido a imaginar.

La pampa física y la pampa literaria se superponen. Lo mismo ocurre con la Patagonia, con los Andes o con Buenos Aires. Un habitante recibe un territorio, pero también recibe relatos acerca de ese territorio.

De este modo se forma un circuito:

Paisaje → experiencia → cultura → relato → nueva percepción del paisaje.

La geografía entra en nosotros y después nuestra mirada vuelve sobre ella.

Ningún territorio actúa solo

Llegados a este punto, es necesario insistir en una precaución. La geografía no constituye una explicación suficiente de ninguna sociedad. Dos pueblos pueden habitar ambientes semejantes y desarrollar historias muy diferentes.

Las migraciones pueden transformar completamente una región. Las instituciones pueden modificar hábitos. La tecnología permite superar barreras naturales que durante siglos fueron decisivas. Las guerras cambian fronteras. La economía altera flujos de población. Las creencias y las culturas producen interpretaciones diferentes de un mismo paisaje. Por eso conviene hablar de condicionamientos, no de determinaciones.

La geografía establece un conjunto de posibilidades y restricciones. La historia decide qué hace una sociedad con ellas.

Podríamos expresarlo de otra manera:

El territorio plantea preguntas; cada cultura construye sus respuestas.

La geografía interior

Regreso entonces a aquella conversación en República Dominicana. Quizás lo verdaderamente interesante no sea comprobar si quienes viven en una isla desean salir más que quienes viven en un continente. La cuestión es más profunda.

- ¿Qué significa crecer sabiendo que el territorio termina en el mar?
- ¿Qué significa vivir frente a un horizonte que parece no terminar nunca?
- ¿Qué significa nacer entre montañas, o depender del agua durante generaciones?
- ¿Qué significa habitar un territorio atravesado por grandes ríos?
- ¿Cómo cambia nuestra percepción de las distancias cuando entre dos ciudades hay cientos de kilómetros casi vacíos?

La Argentina reúne muchas de esas preguntas dentro de sus propias fronteras. Un mendocino, un correntino, un jujeño, un porteño y un patagónico comparten una nacionalidad. Pero no necesariamente la misma experiencia del espacio.

Quizás eso explique, al menos parcialmente, por qué una identidad nacional puede contener maneras tan distintas de relacionarse con el tiempo, la distancia, la naturaleza y los demás.

No existen geografías que dicten personalidades. Pero existen paisajes repetidos durante generaciones.

Horizontes que se vuelven familiares.

- Lluvias esperadas.

- Vientos conocidos.
- Montañas que siempre estuvieron allí.
- Ríos que forman parte de la memoria.
- Distancias que terminan pareciendo normales.

El hombre modifica continuamente el territorio mediante caminos, ciudades, cultivos, leyes, mapas y tecnologías. Mientras lo hace, ocurre también algo en la dirección contraria. El territorio modifica hábitos, escalas, ritmos, percepciones y símbolos.

Podríamos resumirlo en una paradoja:

El ser humano territorializa la tierra, pero la tierra también territorializa al ser humano.

Quizás por eso llevamos dentro algo de los lugares que hemos habitado.

- La amplitud o el encierro.
- La distancia.
- La luz.
- La lluvia.
- El agua.
- El viento.
- El horizonte.
- El mar.
- La montaña.

Incluso cuando nos alejamos de los lugares donde crecimos y vivimos, permanecen de alguna manera en nuestra memoria y en nuestra forma de mirar. Existe el territorio que podemos representar sobre un mapa. Pero quizás exista también otro, mucho más difícil de medir.

Una geografía interior.

La geografía que llevamos dentro.